PARIS EN AMÉRICA

POR EL DOCTOR RENÉ LEFEBVRE:

PARISIENSE.

Traducido para el Correo del Domingo de la 10ª edicion francesa.

Empieza en la páj. 396.

CAPITULO XXV

Dinah.

[CONTINUACION]

Dicho y hecho. Yo creia que semejantes enlaces solo eran buenos en el teatro, donde se deshacen detras de telones; suponia que el último tabelion estaba hacia mucho tiempo encerrado, pero en América la jente anda tan á prisa que se ha mantenido el uso antiguo. Desde que los enamorados estan de acuerdo, no se necesita parientes ni aun notario. Dos *sí* pronunciados delante del juez de paz os casan por toda la eternidad. La voluntad es todo, la formalidad nada. Esta jente no gusta de ceremonias.

¡Con cuánto placer salí de aquella casa, donde habia entrado con el corazon inquieto! Paddy hizo tal cosecha de dollars como para perder la razon por toda una semana. Nunca la calle del Laurel habia visto tan honrada y alegre compañia. Yo iba á la cabeza de la reunion con mi Susana que daba la mano á su pequeña protejida; Humbug y Seth formaban la retaguardia; entre nosotros iba la nueva pareja, Dinah risueña como la aurora, Fox cabisbajo.

Honteux comme un renard qu'une poule aurait pris.

Pero cuando uno es dichoso un poco de vergüenza se bebe pronto. Si el imprudente habia jugado con harta lijereza con el amor, ¿cómo era castigada su falta? Casándose con una bonita muchacha.

A semejante precio conozco inocentes que se harian criminales.

Era necesario preparar á la madre de Dinah para la vuelta de su hija; era preciso tambien que Fox anunciase su casamiento á sus amigos y dispusiese su casa.

Mientras no llegaba el gran dia, Susana tendria á Dinah consigo; á mi me reservaban el papel de padre y de tutor; la tonteria feliz que yo habia hecho dábame algun derecho á eso.

Se devolvió á Fox un resto de libertad de que no podia abusar y la comitiva vino á mi casa. Allí hubo una fiesta en regla; nunca se comió mas alegremente. Marta abria una boca como un horno y suspiraba como un volcan, admirando y sirviendo á su cuñada; Susana y Alfredo tenian siempre algo que decirse en secreto; solamente Dinah era admitida en esos misterios, donde se reia sin cesar.

Seth devoraba cuanto habia en la mesa, con la satisfaccion de un hombre que ha terminado un gran negocio y que como en ajena mesa.

Humbug, que no obstante su enorme vientre comia poco y no bebia mas que agua, desquitábase citándome los versos mas alegres de Horacio, el bebedor que cantaba en ayunas los placeres de la embriaguez:

Nunc est bibendum, nunc pede libero
Pulsanda tellus.

En cuanto á mí, recojido en mí mismo, gozaba con la alegria y la felicidad de los chicos; pero nada puede espresar la alegria y animacion de mi Jenny. No se estaba quieta en un lugar, iba, venia, llenaba todos los platos con *roast-beef*, papas, jamon, pastel, queso, frutas y tortas. Hacia correr á torrentes la *scotch-hale*, el madera y el vino del Rhin. Para los hombres tenia una palabra amable, una caricia para las mujeres.

¡Un casamiento! era para ella haber ganado el mayor premio de la loteria. Si habia en la Biblia un versículo que Jenny mirase como divinamente inspirado entre todos eran las palabras solemnes que Dios dirije en el Jénesis á la primera pareja: *Creced, multiplicaos, llenad la tierra y la someteréis.* La buena mujer no era ni americana ni protestante á medias. A sus ojos el celibato era un crímen ó al menos una enfermedad que no se podia curar demasiado pronto. A estar en su mano ella no habria dejado un solo soltero en la tierra. Me imajino que habria acabado por casar al Papa con la Italia.

CAPITULO XXVI.

La Caridad.

Al dia siguiente á la hora del almuerzo me sentia con el corazon muy tranquilo. Dinah á mi derecha, Susana á mi izquierda dábanme el aire de un patriarca en medio de sus hijos. Desde que voy envejeciendo nada me agrada tanto como ver en torno mio esas fisonomias jóvenes, frescas como el dia que nace, risueñas como la esperanza. ¡Ay! no poderles apartar las espinas del camino! no poderles dar la esperiencia que la vida nos vende tan caramente y que de nada nos sirve!

Mi mujer no hacía las cosas á medias. Si yo habia adoptado á Dinah, Fox era el protejido de Jenny, desde que se casaba; por lo que tenia su cubierto puesto al lado de su bien amada. Por lo demas, entró sin el menor embarazo con un ramillete blanco en la mano y abrazó á su novia con aire de vencedor. Cuando la cólera crispaba la cara afilada del abogado, no era hermoso; tierno y galante, era horrible, una serpiente enamorada. Esta no era la opinion de Dinah; en vano decíale yo las cosas mas amables, ella no tenia ojos mas que para mirar al otro vecino. Raquel habia admirado menos á Jacob cuando este movia en el desierto la piedra del pozo para dar de beber á las ovejas de Laban.

Las mujeres tienen en el mas alto grado el instinto de la propiedad y de todas las propiedades la que mas les toca el corazon es un marido. Pero, mientras que la mujer francesa es una ninfa cazadora, que una vez cojida la presa no se cura mas de ella, la mujer americana apodérase de su marido con la aspereza y el celo de un paisano frances que se ha casado con la tierra; es su bien, es su cosa; el infeliz no viene á ser mas que un pájaro enjaulado, un esclavo doméstico, pero pájaro acariciado, esclavo cuyos menores deseos se adivinan.

Los americanos abusan de tal modo de su independencia fuera, que al volver al hogar ya no tienen voluntad propia.

El yankee que cifra su gloria y su orgullo en no cederle á hombre ninguno, no es en su casa mas que un marido manso que oye á su mujer y se complace en obedecerle; benigno con los débiles, intratable con los fuertes. Este pueblo tiene el entendimiento al reves; no hace nada como nosotros.

Fox queria llevar á Dinah para hacer sus compras para el casamiento, pero Susana se opuso.

—Dispense usted, señor abogado, le dijo; Dinah me pertenece. Le hemos hallado una colocacion de seis meses como maestra de escuela, hoy entra en ejercicio y no puede faltar á su palabra. Dentro de algun tiempo, me será fácil reemplazarla y dejársela á usted una semana entera, pero hoy esto no es posible. Papá, añadió, contamos con usted para instalarnos.

—Hija mia, le dije, olvidas que yo tambien entro en ejercicio en el hospicio de la Providencia y que he tardado demasiado. El pleito de ayer....

—Eso no es nada, dijo Susana; vaya usted ahora á ver á sus niños enfermos; nuestra escuela está en la calle Federal, muy cerca de la calle de los Nogales; esperamos á usted á medio dia.

Así que llegué al hospicio pregunté por el director, que era una mujer, la maestra de Susana, la célebre señora Hope, doctora en medicina y profesora de hijiene; otro de los contrasentidos que no se encuentran mas que en los Estados Unidos. Era por lo demas una matrona respetable, que me acojió como á un compañero, pasando inmediatamente á practicar la visita conmigo.

El hospicio era un modelo; en ningun pais he visto un establecimiento tan perfecto. Grandes salas con reducido número de camas, con grande espacio entre sí; no habia cortinas, pero habia mucho aire, luz bien dispuesta, silencio, esquisita limpieza, nada de ese olor desagradable, nauseabundo que hace que el hospital sea un objeto de repugnancia, y con frecuencia una mansion envenenada. Por la primera vez hallé reunidas todas las condiciones reclamadas tanto por la hijiene como por la caridad.

Al llamado de la señora Hope acudió un escuadron volante de niñas. Su vestido negro, su delantal levantado y una pequeña toca blanca, dábales cierto aire de hermanas de caridad. Esas eran las internas del hospicio, los futuros doctores con faldas, de la libre América. Con la mayor atencion siguieron mi clínica, admirándome de la claridad de sus esplicaciones, cuando me informaba del estado del enfermo y del cuidado con que anotaban todas mis palabras y prescriciones; pero yo tenia bastante buen sentido para tomar á lo serio ese quimérico ensayo, y por eso pregunté á la buena señora Hope, qué se prometia de tan singular educacion.

—Creo, me dijo, que hemos de llegar á una gran reforma. Estas jóvenes discípulas han estado ya dos años en el hospicio de la Maternidad, y el año que viene pasarán á la Clínica de las mujeres. Haremos de ellas verdaderos médicos.

—Bravo! será una delicia para nosotros barbas grises el ser asistidos por Hipócrates de diez y ocho años con crinolina y encajes.

—No, nada tendremos que ver con ustedes, señores. Pero los partos, el cuidado de los niños, las enfermedades y la locura de las mujeres, todo eso nos corresponde; todo eso entendemos nosotros mejor que ustedes. A ustedes se les dejará la cirujía y los casos estraordinarios; pero todo aquello que una madre ó una mujer no confía á los médicos sinó á pesar suyo, lo tomarémos para nosotras; serán ustedes espulsados de un dominio que tienen usurpado. Nosotras introduciremos el pudor en la medicina. Las preocupaciones declamaran segun su costumbre, pero de nuestro lado estarán las mujeres, los padres, los maridos, al fin hemos de vencer. ¿No lo cree usted?

¿Qué responder á una fanática, sobre todo si es una mujer, es decir, un ser débil por naturaleza y que adolece de una obstinacion orgánica?

Corté pues la discusion y continué mi visita. Las enfermedades no eran graves y los pequeños enfermos estaban cuidados con tanta solicitud y ternura que poco me quedaba que prescribir. Solo una operacion tuve que hacer y esa de poca importancia. Abrí en el cuello de un niño un abceso de mal carácter y mal situado. La lijereza de la mano, la gracia y elegancia de la cura son la gloria de nuestra escuela de Paris; así fué que obtuve el mejor éxito entre mis tiernas discípulas. Mis vendajes con sus dobleces injeniosos fuéron en el momento dibujados y el dibujo colocado como modelo en la sala de operaciones.

En verdad, al ver tanta intelijencia, buena voluntad y atencion, casi admitiria que las mujeres son buenas para algo mas que para dar tisanas á los niños. "Todo esto no vá tan mal," hubiera dicho Montaigne, "pero qué! si ellas no usan calzones."

Hace tiempo esta juiciosa reflexion, y lo digo en honor mio, permanecí fiel á la antigua relijion de la Facultad. Pasen las novedades en política, en este punto son inocentes, pero fuera de ahí, vivan las preocupaciones! La prueba de que ellas son saludables, está en que tienen á su favor la mayoría y que los innovadores son silbados. Yo hallaba encantadoras á aquellas jóvenes heréticas, pero la herejía era abominable y no cedí.

Concluida la visita me volví al concejo de administracion. La señora Hope me acompañó y tomó asiento entre nosotros sin que su presencia admirase á nadie.

Entre los *trustees* ó administradores, hallé caras conocidas.

Rose, el boticario, el valiente coronel Saint-John, el amable Humbug, y Noé Brown, el insoportable puritano. La primera que habló fué la directora, esponiendo con documentos á la vista y en buenos términos, la insuficiencia de la casa y la necesidad de comprar un jardin vecino para hacer un patio destinado á los convalecientes.

Apruebo completamente tan escelente idea, dije, y estoy persuadido de que dirijiendo y haciendo recomendar á la administracion una memoria tan clara y tan bien

hecha, se obtendria dentro de ocho ó diez años esa urjente mejora.

—¿De qué administracion habla usted? preguntó el coronel que presidía por derecho de ancianidad.

—Hablo de la administracion general de hospitales.

—¿Qué mostruo es ese? dijo Humbug riendo. Brown, ¿sería eso algun nuevo Leviatan?

—A un lado bromas, dije á Humbug. Supongo que este hospicio depende, como todos los demas, de una grande administracion protectora y centralizadora? ¿Es el estado, es la ciudad, es una corporacion, quien reglamenta, vijila y organiza la caridad? esto importa poco; pero es evidente que se depende siempre de alguien ó de algo.

—Hé ahí una evidencia, dijo el grosero Brown, que es contraria á la verdad. Gracias á Dios, nosotros de nadie dependemos. Veanos usted reunidos aquí para aliviar la miseria, poniendo en comun nuestra buena voluntad, nuestro tiempo y nuestro dinero; sometemos nuestros estatutos al estado, que hace de nosotros una corporacion; despues de esto, ¿quién puede tenèr el derecho de mezclarse en nuestros asuntos? ¿Es un crímen la caridad? ¿Es una carga política ó municipal? Soy cristiano, socorro á los pobres á mi modo, ¿quién pues puede molestarme en este primero de todos los deberes? ¿Acaso se alcanza el cielo por poder?

—Permítame usted, le dije. Nadie le impide que dé su dinero; no hay tiranía que haya llevado jamás la crueldad hasta ese punto; pero otra cosa es el derecho de fundar un hospital. Si se consiente á cualquiera abrir uno de esos asilos, ¿qué desórden no sobrevendria? Muy luego tendrian ustedes hospicios homeopáticos y quién sabe qué mas.

—¿Hospicios homeopáticos? dijo Rose; tres hay en la ciudad y se vá á establecer el cuarto. ¿Qué mal hay en eso?

—Rose, mi querido amigo, esclamé, usted que es un boticario ortodojo dice mostruosidades semejantes?

—Querido doctor, respondió Rose, nosotros no sabemos ni aun en materia de relijion, que cosa sea una ortodojia oficial. Dejamos á cada uno el derecho de buscar á Dios segun su conciencia. De buena fé no podemos ser mas rigorosos para la salud del cuerpo que para la del alma. A mas de que, mi buen amigo, los dos somos augures, sabemos á qué atenernos sobre la medicina oficial y las píldoras ortodojas.

—Sea así! le repliqué, proclamen ustedes la libertad del charlatanismo y del envenenamiento; ya nada me asombra en esta república, que debia poner en su bandera federal la leyenda de la abadía de Théléme: *Haced lo que querais*; mas yo hablaré á ustedes á nombre de la utilidad y del buen sentido. Con este sistema de *dejar hacer* ¿cuántos hospicios tienen ustedes?

—Un centenar de ellos, á lo mas, dijo la señora Hope.

Esta cifra me admiró. Yo no creia en semejante fecundidad de la caridad anárquica, pero no habia concluido mis razonamientos.

—Un centenar de hospicios! esclamé; señores, retengan ustedes esa cifra formidable: si hace honor á los cristianos de Paris en Masachusetts, indaguen ustedes como personas prácticas lo que debe fatalmente producir esa multiplicidad, esa concurrencia. Dobles gastos, pérdida de dinero; aquí superabundancia, allá ausencia completa de socorros ;despilfarro y pobreza.

Supóngase por el contrario que una vasta administracion reuna esos niños esparcidos, y concentre esas fuerzas desparramadas; q' en la cima de la pirámide está colocado un hombre vijilante, activo, económico; inmediatamente reina el órden y con el órden todos los beneficios de la unidad!

Jerarquia de médicos, clínicas regulares, enseñanza disciplinada, caja central, farmacia central, panaderia, carniceria, lechería, lavadero central, en una palabra un verdadero imperio: el imperio de la caridad, con su jefe, sus ministros y sus súbditos.

Esto no es un sueño; este ideal es una verdad en los paises que están á la cabeza de la civilizacion. Gracias al poder maravilloso de la centralizacion, sostengo que con un número pequeño de grandes hospicios y una organizacion vigorosa, me sería fácil doblar las camas de los enfermos que ustedes tienen, sin gastar un peso mas.

—Estoy de ello convencido, dijo Humbug. Con su talisman el doctor es capaz de rehacer el mundo y arrojar fuera de él todos los desórdenes de la libertad. Pido por lo mismo que se ponga en sus manos: las hilanderias, las fundiciones, los talleres de construccion, las fábricas y demás. Con usinas centrales y una jerarquía de injenieros, no dudo que no duplique la produccion disminuyendo todos los gastos.

—Es usted insoportable, díjele. ¡Me toma usted acaso por un comunista? Por ventura no se yo que en industria esa unidad es una quimera?

—¿Por qué? repuso el eterno burlon. Acaso en industria la centralizacion no trae forzosamente la economia de las fuerzas, la regularidad de la produccion, la jerarquía y la disciplina del trabajo?

—Sin duda alguna, contesté, pero es ese el lado estrecho de la cuestion. Esa uniformidad mecánica destruye la ley moral de la produccion. Qué vale esa regularidad facticia, si destruye el ojo del amo, si anonada el esfuerzo individual, el interés privado, la libre concurrencia? Una gota de agua comparada con el oceano. Lo que yo propongo, al contrario....

—Es exatamente la misma cosa, interrumpió Humbug con vivacidad. Intereses privados, esfuerzo individual, libre concurrencia, todos esos móviles que usted aprecia tan bien, son igualmente los móviles de la caridad, y es preciso añadir la abnegacion que solo vive de la libertad. Si el estado ó el municipio se encarga de socorrer á los pobres en mi lugar, si esa enorme mecánica me desembaraza de la primera de las virtudes, yo pagaré de mala voluntad un impuesto, un mezquino impuesto y asunto concluido.

Pero si tengo á mi cargo el cuidado de la miseria y las dulzuras de la limosna, yo oblaré hasta mi último centavo. Poco me curo de los demas hospicios de la ciudad, no los conozco; pero este es mio, esos niños son mios, los amo como si Dios me los hubiése dado á mi solo.

Cuando he acabado mi día, cuando me encuentro triste y fatigado, vengo aquí; en medio de estos pequeñuelos protejidos olvido mis disgustos. Pregunte usted á estos señores lo que les cuesta la caridad voluntaria. Yo calculo que cuando ménos les toma la dècima parte de su entradas, y desafío al estado á que nos tome la vijésima parte para sus hospicios oficiales. Todos se quejarian de su tiranía. Convengo en que puede haber dinero despil-

farrado, fuerzas perdidas, pero lo que debemos ver es el fin, y sostengo con pruebas en la mano, que la caridad individual es tres ó cuatro veces mas fecunda que la caridad organizada.

El sistema de usted, mi querido doctor, arroja incesantemente entre la voluntad y el acto un obstáculo que todo lo hiela. Nosotros no somos paralíticos: déjesenos obrar, y verá usted todo lo que un pueblo gana con la libertad. En el punto de vista político, el estado tiene el mayor interés en abandonarnos la práctica de la mas amable y de la mas social de las virtudes; en el punto de vista económico, hace un negocio escelente; multiplica los socorros y los estudios y sirve á la vez á la ciencia y á la humanidad.

—Señores, dijo el coronel, me parece que nos separamos mucho de la cuestion. Se nos pide veinte mil dollars para ensanchar y mejorar nuestro hospicio; no tenemos que hacer sinó una cosa: suscribámonos y dirijamos una carta de suscricion á nuestros asociados. Yo que no tengo hijos y que he adoptado estos niños, doy el ejemplo, me inscribo con mil dollars.

La lista pasó de mano en mano; cuando llegó á mí, hice como Rose, me suscribí con cincuenta dollars.

—Permítaseme una reflexion para concluir, déje al concejo. Veo que compramos mediante la suma de diez mil dollars un jardin de poca estension; ¿no es de masiado caro?

—Es el doble del verdadero precio, respondió la señora Hope, pero el propietario no quiere desprenderse de él por menos.

—Es chistoso! esclamé. Un propietario que antepone su conveniencia y su egoismo el interés de los pobres! Señores, es necerario espropiarle; nos estimulen ustedes con su debilidad una especulacion odiosa.

—Doctor Smith, dijo Brown, frunciendo las cejas, eso es comunismo puro.

—Vaya! repuse encojiéndome de hombros, ¿por ventura el interés particular no debe ceder al interés jeneral?

—Sin duda, respondió el puritano; pero nada es tan peligroso como las máximas vanas. Con grandes palabras se ha muerto siempre á la libertad! La propiedad no es un interés, es un derecho. El interes jeneral es una palabra elástica y vaga, que asi puede cubrir las pretensionss mas injustas como las mas lejítimas. Antes de invocarle, empiece usted por definirlo.

—Nuestras leyes han decidido la cuestion dijo Humbug. Para nosotros no hay mas que cuatro causas de espropiacion: una ruta, una calle, un camino de fierro, un canal. Pero aun cuando seamos por escelencia un pueblo municipal y aunque la ciudad sea soberana en lo que le atañe, sin embargo de eso, la propiedad es una cosa tan santa, que antes de tocarla, es necesario que intervenga la lejislatura del estado; ella es quien aprueba la traza y quien autoriza la espropiacion, pero mediante indemnizacion prévia. En todo lo demas: la escuela, el hospicio, la casa municipal y la iglesia, la ley pone el derecho particular sobre un interés que al fin no es mas que el de una corporacion ó de una localidad. ¿Adónde iríamos, doctor, con su sistema? Se me despojaría de la herencia de mi padre, me arrancarian mis recuerdos, reiríanse de mis afecciones, perturbarian la mas santa de las propiedades, y para qué? Para edificar un teatro ó una taberna? Eso no puede ser.

—¡Cómo! en una república donde el pueblo manda, se sostienen semejantes máximas feudales.

—Señor, dijo Brown; usted no entiende una palabra en materia de libertad. Cuanto mas democrático es un pais, tanto mas necesario es que el individuo sea poderoso y su propiedad sagrada. Aquí somos un pueblo de soberanos; todo lo que debilita al individuo nos encamina á la demagojia, esto es al desórden y á la ruina; todo cuanto fortifica al individuo nos encamina á la democracia, al reinado de la razon y del Evangelio.

Una nacion libre, es una nacion en la cual cada ciudadano es dueño absoluto de su conciencia, de su persona y de sus bienes. El dia en que, en vez de hablarnos de nuestros derechos individuales, se nos hable del interes jeneral, se acabó la obra de Washington; solo seremos una muchedumbre y tendrémos un amo.

—Señores, dijo el coronel, que se interesaba poco en nuestra discusion, no hay nada mas á la órden del dia, la sesion está terminada. Permítanme ustedes que les deje, añadió. Dícese que hay malas nuevas de la guerra, deseo saber pronto la verdad.

No me desagradaba acabar en el puritano y su áspero lenguaje; mas, por desgracia mía, yo le habia caido en gracia, ó mas bien, supongo que habia formado el proyecto de convertirme á su fanatismo.

—Doctor, me dijo, tengo que pedir á usted un servicio. Acabamos de fundar en este barrio un Instituto de obreros [1]. Habrá en él una biblioteca y un museo modelos, dos salas de dibujo, estudios públicos, un gabinete de lectura, en una palabra, todo cuanto hace útil un club de esta especie. Los obreros mismos proveeran á los gastos de mantenimiento. Léjos de nosotros el pensamiento de entrometernos á benefactores y turbar en nada la obra de la libertad. La primera regla de la caridad consiste en no debilitar nunca ni la dignidad ni la responsabilidad de aquellos á quienes se socorre. Pero hay gastos de primer establecimiento que son considerables y á todos los cuales no podria atender el bolsillo de nuestros trabajadores; necesitamos lo menos diez mil dollars. Para obtenerlos, haremos lecturas pùblicas y pagadas. Everett el clásico nos ha ofrecido su concurso, lo mismo que el elocuente Summer. Espero que tendremos al filósofo Emerson y al poeta Longfellow. Por mi parte daré mi leccion, en la cual mostraré que rehabilitando el trabajo y levantando al obrero, el Evangelio creó á la vez la riqueza y la libertad moderna. Usted no rehusará unirse á nosotros. Dos lecturas sobre la hijiene de los recien nacidos por el sabio médico del hospicio de la Providencia, nos atraerian todas las madres y nos valdrian cuando ménos cuatrocientos dollars.

—¿Tienen ustedes la autorizacion del gobierno? le pregunté.

—A la verded, doctor usted irá en derechura al paraiso, respondió el regañon. La asistencia de los niños le ha vuelto á usted uno de ellos; ya no puede usted caminar sin andadores. ¿Què autorizacion es necesaria para ilustrar á los hombres y hacerles bien?

—¡Cómo! ustedes pueden dar lecciones pùblicas y hablar de política á los obreros sin que el gobierno intervenga?

(1) *Mechanic's Institute.*

—Indudablemente; y si olvidásemos nuestros deberes, ahí está la ley y con ella la justicia; esto basta.

—No, eso no basta. El estado no puede abandonar á cualquiera el derecho de hablar á los hombres. Esta ciencia de ostentacion, esta semi- instruccion, inspira al pueblo una ambicion desastrosa, y ustedes ponen en peligro al pais y á la misma relijion.

—Una luz á medias vale mas que la noche, en la cual reinan los apetitos y las pasiones, dijo Brown; y por otra parte, ¿cuál es el medio de encontrar el dia, sino el de buscarle? Preciso es que hablemos al pueblo y que estemos sin cesar en relacion con él. Para nosotros, demócratas y cristianos hay en esto una cuestion de vida ó de muerte. Lo que mata á las repúblicas es la ignorancia: cuando se recela el despotismo se debe ilustrar al pueblo. Lo que mata la religion, es la fé que no discurre: cuando se recela la infidelidad se debe ilustrar al pueblo. Necesitamos la luz en todo y por todo. Si el cristianismo es una fábula, que caiga; si es la verdad, que reine. ¿Cree usted que nosotros los pastores, somos charlatanes que vivimos del error y de la credulidad?

—Cálmese usted, respondí, y no coloquemos la cuestion en un punto tan elevado. Usted me concederá que dando á los obreros un lugar de reunion, forma usted un club donde ellos vendrán á ser los señores.

—No hay duda, puesto que estarán en su casa.

—¿Y no vé usted pues, que á la primera querella con sus patrones, ese club será el foco de una trama?

—Si los obreros quieren coligarse, dijo con frialdad el fanático, ¿quién se los puede impedir? Aquellos que venden su trabajo tienen tantos derechos como los que lo compran. Es un trato que se discute libremente.

—Pero señor, esclamé indignado de tanta estupidez usted está predicando la anarquia.

—Señor, díjome con su acostumbrada brutalidad, usted está hablando una lengua que no es la de la América. La anarquia es la usurpacion de la libertad propia. Créame usted, agregó alzando al cielo sus ojos inspirados; el cultivo del alma es la salud de las democracias cristianas, que no viven sino por la educacion.

Deje usted que los obreros lean, que se instruyan, que discutan; elévelos, segun el sentido admirable de la palabra, elévelos hasta usted, elévese usted con ellos, y no tendrá que temer ni complot, ni comunismo, ni todas esas locuras que espantan al viejo continente. Esas son enfermedades que enjendra la ignorancia; á nosotros, doctor, toca curarlas. *sursum corda*, tal es mi divisa.

—Yo la acepto de buena voluntad, contesté arrastrado por el ardor de aquel inspirado: cuente usted conmigo.

(*Continuará.*)

EL CORO DE ANJELES

POR

Pedro Antonio de Alarcon.

CONCLUSION.

Luego, volviéndome á la beldad, cual si la viese en aquel instante:

—¡Ah! Casimira.... murmuré: ¿Estaba usted ahí? Perdone usted mi esclamacion.... Pero es lo cierto que llevo un invierno de aburrirme soberanamente en los bailes.

—¡Oh! pues yo le veo á usted bailar y reir y coquetear con todas....

—Eso es, *con todas*.... lo que quiere decir: *con ninguna*. ¡Qué niñas tan tontas y tan presumidas vienen ahora al mundo! Con esto de la educacion inglesa, no hay ya una mujer que pueda sentir el verdadero amor.

Casimira sonrió fisiolójicamente, como quien dice: "Dios es justo."

Habléla en seguida del estado de la atmósfera, y para justificar mi estravagancia de permanecer á su lado—á fin de no alarmarla,—me quejé de casancio y dolor de cabeza.

Entró entonces en el gabinete una mujer hermosisima. Yo elojié su prendido.

—Pero es tonta, añadí.

—Tiene mucho partido, dijo Casimira.

—No me gusta repliqué. Su belleza no habla al corazon.

Luego pasó otra de las mas afamadas, y censuré su carácter, añadiendo que haria desgraciado al que se casara con ella.

Por último hablé de retirarme del mundo y dedicarme á la filosofía. Aqui disertamos sobre la brevedad de la vida y la instabilidad de los afectos.

Casimira hizo un gesto que venia á significar: *Tienen ojos y no ven.*

Levantéme entonces y dije con hipócrita llaneza:—Me alegro de haber dejado el salon. Su conversacion de usted me encanta. Tiene usted mucho talento.

Era lo único que podia elojiarla impugnemente.

Casimira levantó los ojos al cielo, como quien dice:—"Dios mio, ¿por qué en vez de tanto talento no me diste un poco de hermosura?"

Al dia siguiente supe por su prima, que la fea habia encontrado en mi un fondo de gravedad que nunca hubiera sospechado.

A la noche fuí á saludarla en el teatro, y la participé que habia reñido con la baronesa, que me marchaba de Madrid, y que odiaba á las mujeres.

Esto era ofrecerla una probabilidad, puesto que ella todo lo parece menos una mujer.

Hallé bonito su traje, elojio contra el cual no pudo protestar su escepticismo; pues cuando ella lo llevaba, claro es que le agradaba tambien. Preguntéla el precio y la tienda en que lo habia comprado, añadiendo que pensaba mandar uno semejante á mi hermana Margarita.